

Decía Italo Calvino que «las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos». Y en Pilar Cossío hay muchas ciudades y muchos trueques.

El suyo es arte de lugares y no lugares. De fragmentos y tránsitos. De visiones fugaces e imaginarios. Somos restos, collages, pecio, andenes, estaciones, lugares de paso. A Pilar siempre la he conocido así, de paso y a pasos, en una danza extraña de destinos imposibles, azares, viajes y mundos familiares. Por eso quizás nunca se ha detenido.

No existe una foto fija de su creación. Puedo recordar dibujos que tratan de escapar de su propio trazo, coreografías de manchas, imágenes rotas de sitios que nunca conoceremos o que son demasiado conocidos. En

su obra, como refleja 'splendor solis', caben...

Pequeñas distancias. Travesías. Y trayectos.

La caligrafía de Pilar rezuma una poética de voyeur, de viajera accidental que combina cicatrices con heridas, tatuajes con collages, ciudades con estaciones. Pilar es Turín, París, Florencia, Beirut, Essaouira, Roma, Londres, Santander... Un viaje interior de destinos en el mapa, equipajes de luces y sombras y una cartografía de sueños y deseos, pero también de desiertos, puertos, costas y cafés.

En Pilar siempre habita un rastro de jazz, una improvisación alada, como todas las que merecen la pena, inasible, pero que, como la vida, mancha y luego ya no puedes dejar de preguntarte por esos colores desmayados, ni por las figuras que tratan de escapar de la instalación, ni por esas ciudades invisibles, inventadas, habitadas, vacías que integran nuestra memoria de arena.

El paisaje, cotidiano o ajeno, reinventado o extraño, es siempre un ready made, una emoción entrecortada, un lugar de silencio, susurro, luna e ingravidez, porque el/la artista, todo artista es refugiado, exiliado y pasa de puntillas como ella entre quimeras, espejos y laberintos.

Con Pilar uno pasea descalzo dejando huellas en el papel, en una postal, en cielos sobre ciudades, en cielos protectores, en objetos, en poemas, en hojas muertas, en flores del mal, en ventanas que miran lejos, muy lejos, sin retorno.

A veces la vida es simplemente eso como, 'Madeleine', una de sus exposiciones y una estación de metro de París,

una mujer de pelo rojo que lavaba los pies de su amado y que, con enorme sensualidad, nunca olvidada, secaba aquellos pies adorados con su pelo rojizo, con su trenza deshecha.

En Pilar surgen imágenes grabadas desde la infancia que tienen un enorme poder de seducción, una violencia erótica, una sutileza profunda de tactos, humedades, caricias, sensualidad extrema...

En 'splendor solis' hay encrucijadas, una estación de paso, un sitio donde vivir, un nombre de mujer, una trenza que se anuda como los caminos de la vida, un paso de baile, el lugar donde confluyen las trayectorias, la reunión de los movimientos de una danza sobria, el nudo en el que el tiempo nos ha hecho el favor de materializarse en imágenes, por un momento, leve.

Caballos, zapatos y el baile, obsesiones íntimas, objetos recurrentes, una Alicia que nunca acaba de traspasar el espejo, una necesidad de encontrar los rasgos dejados, las huellas del caminar. Nos ofrece una elaboración personal de nuevos signos, naciendo, a partir de los lugares en los que se han demorado las vivencias para proponérselos y así poder compartir los posos de la intensidad poética prendida con hilos casi invisibles en esos lugares.

Baile aéreo, iluminado en mitad de la estancia, danza pausada, mujer-pájaro que vuela entre pasillos, playas, ascensores, invertida hacia el interior del pozo-espejo, generando misterio, la distancia que hace necesaria la recreación y la evidencia del sentido de la instalación que nos llama desde el fondo del abismo; o la de la postura transgresora, la que opta por la vivencia directa, de una imagen virtual, por la mirada en el fondo del espejo, mejor o peor que la imaginada, siempre distinta porque su naturaleza es de otro orden. Hay una construcción sobre el vértigo en esos trajes o cuerpo suspendidos, invertidos, que se miran y se abisman solitarios.

Lo que queda del devenir, los puntos de anclaje de la memoria, que se convierten en nuevos seres para dejar su huella en el recuerdo: zapatos y baile, caminos recorridos por calles, edificios, ciudades, pasos de baile o de vida.

Pilar Cossío deja siempre la sensación de ser una creadora que pasa al lado de la obra, que no la hace, sino que la siente o la padece, que interviene menos de lo que parece. Y de que intervienen más, que la hacen, los objetos, el espacio, la gente que la mira, y siempre de manera distinta a la que se pudo prever, como ocurre con esos vacíos, ese juego de presencias y ausencias donde flotan las criaturas y sus insignificantes significados o lo inverso.

Hay mucho de ceremonia en sus piezas, de altar dedicado al tránsito del amor, del duelo, del dolor, repetido y reflejado, multiplicado por ejes de simetrías, que crean ecos, pulsaciones, y la necesidad de pasar al otro lado de lo imaginario, para renacer purificado.

Los contornos, las líneas, la doble imagen, lo difuso, el encanto y el pas du tout, los cuerpos sólo son fragmentos, solo se revelan desde la ausencia o el ocaso, desvanecidos o en desmayo, en desazón continua. Sobreimpresión sobrecogedora de todo, levedad, con Pilar somos fantasmas viajeros, náufragos hacia Itaca, argonautas escapados de los frescos de una bóveda barroca derruida.

Tiempo y memoria, fetichismo y metáfora. Suite Cossío, collages, instalaciones, ready-mades, dibujos, fotomontajes, una danza de psicología y autobiografía de traje de diario y vestido de domingo. Un relato de sensibilidad, densidad erótica, sutilezas y sensualidad, con el referente constante de lo urbano, en una suerte de cartografía sobre lo femenino, la memoria, el imaginario poético y el espacio. Un movimiento continuo de aire y en el aire, aleatorio y azaroso, un tránsito vital incesante antes de subir a un tren sin más trayecto que las imágenes fragmentadas, deshechas y desnudas.

«El verdadero lugar de nacimiento es aquel donde por primera vez nos miramos con una mirada inteligente», escribió Marguerite Yourcenar. Y una de esas miradas es la de Pilar.

GUILLERMO BALBONA